

Hay en el lecho, pero no hallo nada.
El susto ahuyentó al sueño: me levanto

Horrorizada, y del desierto lecho

Salto precipitada con espanto.

Hieren mis manos el turbado pecho,
Y arrancado, en desorden como estaba,
Mi cabello también quedó desecho.

Alumbraba la luna, y yo buscaba
Con la vista otro objeto en la ribera,
Mas sólo la ribera se miraba.

Acá y allá, sin orden, la carrera
Dirijo, aunque la arena me impedía,
Como no acostumbrada, andar ligera.

El eco solo en tanto respondía

Al grito repetido de ¡Teseo!

Que pronunciaba yo, y él repetía.

Y cuantas veces en llamarte empleo,

Él conmigo te llama, y favorece

En el modo que puede mi deseo.

Hay una alzada roca que parece

Amenazar al mar, en cuya cima

Algún arbusto apenas aparece.

La inquietud me dá fuerzas y me anima:

Subo á la altura con fatiga grave,

Y las ondas registro desde encima.

Con las velas infladas ví tu nave

(Que en esto también fuí desventurada)

Alejarse ligera como el ave.

O ya fué que la viera, ó que engañada

Creyese verla, yo quedé al instante

Aun más que el hielo fría y desmayada.

Al fin hace el dolor que me levante,

Y cuando del letargo me remueve

A gritos llamo al fugitivo amante:

“¿A dónde vas,—exclamo,—esposo aleve?”

Vuelve, torna el bajel, que es tiranía

Que el número que traje falto lleve.”

Así exclamaba atónita, y suplía

Lo que á la voz faltaba con el llanto,

Y otra vez y otras mil mi pecho hería.

Y por si no me oyeras cuando tanto

Distabas ya de mí, porque me vieras

Los brazos agitaba en mi quebranto.

También un blanco lienzo, en mil maneras,

Presto á un palo moví, porque mi olvido,

Mirándolo ondear, luego advirtieras.

Cuando de vista en fin te hube perdido,

Mi llanto comenzó, que antes había

Mis ojos el dolor entorpecido.

¿Qué pudieron hacer cuando no vía

Tu ingrata nave ya, hombre inhumano,

Sino tristes llorar la pena mía?

Vagaba á veces sola por el llano,

Esparcido el cabello, cual vacante

A quien furor inspira el dios tebano.

A veces, en la mar fijo el semblante,

Sobre la dura roca me sentaba,

A la roca en lo inmóvil semejante.

¡Y cuántas ¡ay! al lecho que abrigaba

A los dos acudí, que ya desierto

No había de exhibir los que guardaba!

En él, en vez de tí, tu rastro yerto

Toco, pues más no puedo, do conmigo

El abrigo buscaste de concierto.

Bésolo entonces y llorando digo:

“¿Por qué, lecho cruel, cual corresponde,

Si aquí estuvimos dos, sola yo sigo?”

“Dos vinimos á tí ¿por qué, responde,

Si dos vinimos, sólo guardas una?

¿Dónde Teseo está, pérfido, dónde?”

¿Qué haré? ¿dónde iré sola? Aquí ninguna

Persona habitará: no hay, que yo vea,

De las obras del hombre huella alguna.

Do quier la tierra vasto mar rodea,

Mas no se vé en todo él un marinero,
Ni navecilla alguna se rastrea.

Pero que se me den, suponer quiero,
Compañeros y nave ¿qué sirviera?
¿Puedo volver á un padre tan severo?

Aunque en mar sosegado y nao ligera
Con favorable viento navegara,
Desterrada lay de mí! siempre estuviera.

No te veré jamás ¡oh patria cara!
En cien bellas ciudades compartida,
Do el mismo Jove niño se criara.

Pues mi padre, y mi patria, de él regida,
Juntamente con él (¡prendas amadas!),
Con mi negra traición quedó ofendida,

Cuando las hebras de mi mano hiladas
Te dí del laberinto, como guía
En las sendas torcidas y enredadas;

Cuando tu falsa lengua me decía:
«Te juro por los riesgos en que estoy,
Que, viviendo los dos, serás tú mía.»

¡Ah! vivimos los dos (si aun vive hoy
La que un perjuro asesinó tirano)
¡Vivimos lay! y yo tuya no soy!

¡Oh, si la clava que rindió á mi hermano,
Me matara también! Tu fé jurada
Cesara con mi muerte ¡oh inhumano!

No sólo estoy previendo, desdichada,
Lo que voy á sufrir, sino aun la suerte
Que caber puede á toda abandonada.

Cual ya presentes, mi temor advierte
Mil géneros de muerte, y su demora
Más me atormenta que la misma muerte.

Ya me parece que á esta parte ahora
Se aproxima de lobos turba hambrienta
Y con ávidos dientes me devora.

Tal vez torvos leones alimenta
Esta tierra feraz, tal vez no pocas

Tigres esta isla bárbara sustenta.

Se dice que del mar horribles focas
Salen también; ó acaso armas ajenas
Traspasarán mi pecho entre estas rocas.

¡Haga el cielo á lo menos que en cadenas
No me pongan mis ásperos destinos,
Hilando cual esclava en duras penas!

Siendo nieta de Apolo, hija de Minos,
Y lo que es más, ya tuya en esponsales...
¡Ah, no lo permitáis, dioses divinos!

Todo en mi contra está: si los cristales
Miro del mar, ó miro estas riberas,
Todo, todo me anuncia aciagos males.

Faltaba el cielo, y temo ya severas
A las deidades. ¡Ay, abandonada
A ser comida estoy de hambrientas fieras!
Aunque hombres halle al fin, desconfiada
Vivo, pues á temer de los extraños
Aprendí, de uno de ellos engañada.

¡Oh, si Andrógeo viviera, y tus engaños
No pagaras, oh Atenas, ni obligarte
Minos llegara á reparar los daños!
Ni tú, Teseo, entonces con tal arte
La muerte dieras en tan corto rato
Al monstruo, parte de hombre y de buey parte.

Ni yo de darte hiciera el desacato
Las hebras, que mi mano hiló indiscreta
Por conservar la vida de un ingrato.

No admiro que victoria tan completa
De tal monstruo alcanzaras sin apuro,
Ensangrentando el suelo de la Creta;

Pues mal pudiera herir su cuerno duro
Tus entrañas de bronce, y fué bastante
Desnudo entrarte para estar seguro.

Diamante y pedernales arrogante
Llevaste en tí, y aun más, pues en dureza
Al pedernal excedes y al diamante ...

¡Oh despiadado sueño! ¿En tal torpeza
 Por qué me sumergiste? Y si dormía,
 ¿Porqué no fué mi sueño de una pieza?
 Tú también, viento bárbaro, á porfía
 Por mi mal te encontraste muy á mano,
 Y harto oficioso en la desdicha mía.
 Y tú bárbara fe, jurada en vano
 Por quien, sin atender á la fe dada,
 Me ha quitado la vida con mi hermano.
 El sueño en fin, el viento y fe jurada
 Contra mí se pusieron, y siendo una,
 Tres causas juntas me hacen desdichada.
 ¿Luego muriendo no veré ¡oh fortuna!
 El lloro maternal, ni habrá oficiosa
 Que me cierre los ojos mano alguna?
 ¿Mi triste sombra errante y pavorosa
 Vagará por regiones peregrinas,
 Ni mi cuerpo un girá mano piadosa?
 ¿Sin cesar hollarán aves marinas
 Mis huesos insepultos? ¿Tan honrado
 Sepulcro, ingrato, á quien te amó, destinas?
 Cuando arribes al puerto deseado
 Y fueres en tu patria recibido;
 Cuando pises tu alcázar elevado:
 Al referir, en fin, cómo has vencido
 Al Minotauro, y cómo superada
 Del laberinto la salida ha sido;
 Refiéreme también abandonada
 En una isla donde hombres no vivieron,
 Pues debo entre tus glorias ser contada.
 Jamás tus padres, cual te jactas, fueron
 Egeo y Etra, la hija de Piteo,
 Que las rocas y el amor te produjeron....
 ¡Oh, si oyendo los dioses mi deseo
 Te hicieran verme aquí desde el navío!
 Moviérate mirarme cual me veo.
 Mas ya que así no fué por tu desvío,

Con la mente, á lo menos, reclinada
 Mírame en un peñasco duro y frío:
 Mírame suelto el pelo y empapada
 En el llanto que vierto, que ya es tanto
 Que la ropa con él siento pesada.
 Cual mies que el viento agita, en medio al llanto,
 Tiembla mi cuerpo, y aun la letra afea
 Mi tembloroso pulso en tal quebranto.
 Y ya que el bien en tí tan mal se emplea,
 No exijo premio del que pude hacerte;
 Supón que el bien que te hice un bien no sea.
 ¿Mas por qué castigarme de esta suerte?
 Si causa no fuí yo de tu ventura
 ¿Por qué habrás tú de serlo de mi muerte?
 A tí, inundada en llanto y amargura,
 Cansadas ya de herir mi triste pecho,
 Las manos tiendo en tanta desventura:
 Por este pelo en mi dolor deshecho,
 Por estas tristes lágrimas que ahora
 Me arrancan los agravios que me has hecho;
 Ruégote que te vuelvas sin demora,
 Vuelve tu nave y vén; y si conmigo
 Acaba antes la muerte destructora,
 Mis yertos huesos llevarás contigo.

SONETOS

I.

A Silvia.

Al pintar de sus ninfas los primores
 Suelen fingir mil cosas los amantes,

Tomando ora del sol luces brillantes,
Ora robando el ámbar á las flores:

Ya usurpan de la nieve los albores,
Ya el brillo de las perlas y diamantes,
Colorando á las bellas los semblantes
De la purpúrea rosa los colores.

Sólo yo hacer no puedo una pintura
De tu rostro que valga alguna cosa,
Cuando pintar intento tu hermosura;
Pues eres Silvia, en tanto grado hermosa
Que á copiarte no alcanzan nieve pura,
Perlas, diamantes, sol, ámbar y rosa.

II.

Comparación en una concurrencia.

¿Viste en serena noche las estrellas
Cuán varias y brillantes aparecen,
Y cuán muy más hermosas resplandecen
Con el reverberar de sus centellas;

Pero que, al asomar las luces bellas
De la fulgente aurora, se oscurecen
Y vencidas al fin desaparecen,
Su esplendor apagado, todas ellas?

Así en concurso, do se mira junto
El brillo de esplendentes hermosuras,
Se ve de las estrellas fiel trasunto;

Pero si de mi bien las lumbres puras
Asoman cual aurora, luego al punto
Con ella las demás quedan oscuras.

III.

La abejita engañada y desengañada.

Una tierna abejilla vagarosa
De Amira en torno susurrando gira,
Llevada del aroma que respira
La boca bella de mi Amira hermosa:

En su elevado seno ve una rosa
Que por adorno allí pusiera Amira,
Y al instante del aire se retira
Y entre sus hojas engañada posa.

Liba su cáliz con ansiosa instancia,
Mas dejándolo al punto, claro indica
Que halla inferior la miel á la fragancia;

Luego á los labios de mi bien se aplica,
Cuya dulzura fija su inconstancia,
Y de este almíbar su panal fabrica.

IV.

De mis amores y sus efectos.

Crece mi amor y crece mi contento
Cuando me obligan, Silvia, tus favores;
Y si me ofenden, Silvia, tus rigores
Crece mi amor, y crece mi tormento.

De gratitud el dulce sentimiento
Aumenta, en tus cariños, mis ardores,
Y el afán de obligarte con amores
Da, en tus desdenes, á mi amor aumento.

Tú, pues, que tantas veces cada día
Sabes, en horas tristes ó serenas,
Ser ora desdeñosa y ora pía;
Tú que agravas ó endulzas mis cadenas,
Cuenta si puedes lay ingrata mía!
Mis gustos, mis amores, y mis penas.

XXIV.

La Resolución.

Yo fuí jóven y amé. ¡Vanos anhelos!
Pues buscando placeres y dulzura,
Hallé tan solo do esperé ventura
Sustos, temores, ansias y desvelos.
Quise á Silvia, probé mil desconsuelos;
Amé á Lesbia, llenéme de amargura;
Adoré á Clori, vi mi desventura;
Idolatré á Dorisa, y tuve celos.
Supe icon qué dolor! que entre aflicciones
Para dar muerte tiene el pecho humano
Vileza, ingratitude, dolo, traiciones.
Yo te detesto en fin, Amor insano;
Lleva, lleva á otra parte tus arpones,
Y huye lejos de mí, númen tirano.

CARTA.

A una persona de confianza.

De aquí de este lugar donde me aleja
Enemiga fortuna,

Te mando la salud, que á mí me deja;
No porque de importuna
Enfermedad el flaco cuerpo sienta
Dañado en parte alguna;
Mas porque la tristeza macilenta,
Que tiene aquí su asiento,
Más que horas tiene el día me atormenta.
Sumido en mi aposento,
Cual si fuera filósofo sesudo,
Todo soy pensamiento.
Y es mi silencio tanto que ya dudo
Si el hablar se me olvide,
Y venga con el tiempo á quedar mudo.
No el hablar se me impide,
Mas que callado lleve siempre el pico
La soledad lo pide.
No hay quien hable conmigo, y te suplico,
Si no quieres que muera,
Que para hablar me mandes un perico.
Dirás que bien pudiera
Salir de casa, pues hacerlo puedo,
Y divertirme afuera:
Te engañas, que por fuerza me estoy quedo,
Y si salir procuro,
Al intentarlo vuélvome de miedo.
Además te aseguro
Que á clausura tan lóbrega me obliga
El frío aquí seguro.
Cual encerrada y temerosa hormiga
Que asoma al agujero,
Descontenta, y del ocio poco amiga,
Queriendo del granero
Salir, mas viendo el cielo muy opaco
Tórnase á su hormiguero;
Así yo á veces la cabeza saco
De mi estrecha morada,
Por ver si fuera, mi tristeza aplaco;

Pero no viendo nada,
 Sino motivos de tristeza mucha,
 Tórnome á la posada.
 Con la tristeza de esta suerte en lucha
 Continua, en vano vivo,
 Pues soy vencido siempre, y si nó, escucha.
 Cansado de cautivo,
 Arrostrando del frío la aspereza,
 A salir me apercibo:
 «Afuera, dije, el miedo y la pereza»
 Y lleno de osadía
 Tomo el sombrero y salgo con presteza.
 Por las calles quería
 Del pueblo pasear, bien ignorante
 De que ninguna había.
 Este mi ensayo fué de paseante,
 Y aún viéndome burlado,
 La marcha proseguí, pasé adelante.
 Hube apenas andado
 Algunos pasos, cuando ví aturdido
 El lugar acabado.
 Y habiendo el pueblo todo recorrido,
 Helado y casi yerto
 De volverme á encerrar tomé el partido.
 Entréme, y aún incierto
 De lo que me pasaba, al campanario
 Subime á ver lo cierto.
 Como de nacimiento, un solitario
 Pueblito ví, y aun reyes
 Con este aquellos son. Oye el sumario.
 Seis chozas, siete bueyes,
 Tres milpas, una plaza no sin lodo,
 Y un millón de magueyes.
 Hé aquí muy por menor el pueblo todo.
 ¿Querrás en adelante
 Que á divertirme salga de este modo?
 Pensaba yo ignorante

Que era aqueste lugar de mis pesares
 Al nuestro semejante;
 Pero este tanto entre otros mil lugares
 Agacha la cabeza
 Cuanto suele la *papa* entre pinares.
 Mas adios, que ya empieza
 A entumirse la mano. Dios te preste
 Con paternal largueza
 Vida feliz, y no en lugar como éste.

EL PASEO LLAMADO DE LAS CABRAS,
 EN S. ANGEL.

«Las cuatro y media son: partamos luego
 Y alegres recorramos la campiña,
 Que al paseo y al útil ejercicio
 Ya la apacible tarde nos convida.»
 Dijo así Nicolás, y á complacerlo
 Se dispuso la dócil comitiva,
 Animada del júbilo inocente
 Que lejos de la corte se respira.
 Yo, entre todos alegre sobre modo,
 De ser también allí de la partida
 Me levanto y los sigo alborozado,
 No cabiendo en mí mismo de alegría.
 Todo infunde placer: cada individuo
 De la amable y pequeña compañía
 Al general contento contribuye
 Con su jovialidad pura y festiva.
 La mutua confianza que sazona
 Del inocente campo las delicias
 Se mira en los semblantes, y á los pechos
 Noble franqueza y sencillez inspira.
 Ora un chasco inocente que no agravia
 Provoca á general y alegre risa,

Ora un dicho feliz picando el gusto
La plática sazona y regocija.

El grato cefirillo blandamente
Desplegaba jugando sus alitas,
Y las flores campestres mil olores
Perfumando el ambiente difundían.

Febo también, al fin de su carrera,
Por no turbar acaso nuestras dichaas,
Entre doradas y vistosas nubes
Sus ardorosos rayos escondía.

Un profundo suspiro que del pecho
Se lanza involuntario, al fin me avisa
Que ya estoy en el campo, do sin pena
El aire puro y libre se respira.

Alzo los ojos, y en placer bañado
Ansioso tiendo la explayada vista,
Y mil y mil objetos halagüeños
A mis ávidos ojos se ofrecían.

Seguimos adelante y por doquiera,
Abundosa natura se reía,
Haciendo alarde del primor hermoso
Que ostentan sus riquezas infinitas.

Aquí huella la planta sin saberlo
Una humilde y pequeña florecilla,
Que cogida á la mano y observada
Con sus bellezas y primor abisma.

El alto *tejocote*, entre mil hojas
De oscurísimo verde, allí convida
A contemplar sus frutos, que agrupados
Muy más que el oro á centenares brillan.

Allá un manzano sazonzadas pomas
De brilladora púrpura teñidas
Majestuoso mece, y abundante
Sus ramos inclinando á todos brinda.

Un *perón* más allá, lleno de frutas
A sus derechas ramas adheridas,
Más que con sus colores con su aroma

Al admirado pasajero incita.

El campo todo en fin interesante
Pintado de colores las más vivas,
Sus últimos verdoros ostentando
Olfato y ojos á la vez hechiza.

¡Pero qué ven mis ojos! ¿Cuál estruendo
Mis oídos hirió? ¡Oh maravilla!
Es la cascada hermosa que las aguas
Forman precipitadas desde arriba.

Camina el claro río mansamente,
Pero al llegar del salto á las orillas,
Enojadas las ondas y encrespadas
Con fragoso estruendor se precipitan.

Las azuladas aguas que del fondo
Antes las pedrezuelas patentizan,
Entonces cual carámbaros de nieve,
Transfórmanse en raudal de plata viva.

Una parte se arroja despeñada,
Otra parte, en arroyos dividida,
Por la tosca pendiente serpentea,
Y al fondo se apresura entre las guijas.

Percíbese á lo lejos el estruendo,
Y el caminante atónito se admira
Oyendo el ronco estrépito que forma
La despeñada lluvia cristalina.

Los ojos encantados la contemplan,
Ni se sacia la vista atenta y fija,
Repasando asombrada los portentos
Que allí naturaleza multiplica.

Religioso silencio infunde á todos
El magnífico cuadro que registran:
Todos callan: los pechos solamente
De admiración y de placer palpitan.

El alma en tanto quieta y sosegada,
Absorta en los prodigios que medita,
Ve allí el dedo de Dios, y reverente
Ante el supremo Sér dócil se humilla.

Así la mente al cielo levantada
Al Señor en sus obras magnífica,
Hasta que de una cabra los balidos
Nuevos placeres á gozar la inclinan.

Cerca de la cascada, en un repecho
Que en tosca, pero hermosa simetría
Forman rudos peñascos, un aprisco
De baladoras cabras se divisa.

Allí del dulce pasto retiradas
Las juguétonas y ágiles cabrillas
Forman un espectáculo vistoso,
Y con nuevo placer el cuadro animan.

Acá una cabra, echada quietamente
El pasto que arrancó rumia tranquila,
Allá otra, encaramada en un peñasco
A las demás ufana predomina.

Una en difícil puesto, mal segura,
Doblando el cuello, la pezuña hendida
Alza, y la frente rasca, mientras otra
Trepando por allí la precipita.

Otra parada, la abundosa teta
Presenta á su inocente y tierna cría
Que alegre corre y por debajo viene
Y el dulce néctar bulliciosa liba.

En otra parte un grupo de cabritos,
Ora con pieles cándidas y limpias,
Ora de negro y blanco matizadas,
Junto á las madres juguetones triscan.

Allá un cabrito que perdió á la madre
Balando la reclama y solicita;
Ella al reclamo desolada corre,
Lo busca, lo conoce y lo acaricia.

Más allá... ¿Pero cómo neciamente
Osa la encantadora perspectiva
Mi labio describir, que allí presenta
Naturaleza toda embellecida?

El alma al contemplar tantas bellezas,

Inundada en placeres y delicias,
Sensible á su primor, sabe gozarlas,
Empero nunca acierta á describirlas.

¡Feliz mil veces el mortal dichoso
Cuya alma dulcemente enternece
Sepa gozar los bienes, oh natura,
Que abundosa en el campo le prodigas!